

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo junto con la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura y Patrimonio y la Fundación ONCE han realizado la edición de los cuentos ganadores en el III Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".

ISBN-84-7671-476-9



JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
Consejería de Cultura y Patrimonio

HISTORIAS DE LA OTRA TIERRA

Paloma Orozco Amorós



Paloma Orozco Amorós

**HISTORIAS
DE LA
OTRA TIERRA**



EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1999

*Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva...
(Apocalipsis 21, 1)*

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

© Paloma Orozco Amorós

© Maquetación e Ilustraciones: Pura M. Llarena - Mérida

I.S.B.N.: 84-7671-476-9

Depósito Legal: BA-51-1999

Impresión: Tajo Guadiana ~artes gráficas~
Telf. y Fax: 924 27 46 56 • BADAJOZ



El ciempiés cojo

Hace falta que corras todo lo que puedas para seguir en el mismo lugar. Si quieres ir a alguna otra parte, ¡tendrás que correr con doble rapidez!

El ciempiés era cojo de nacimiento. Su cojera se extendía a 24 patas exactamente. Lo malo es que las 24 patas que fallaban estaban todas situadas en el mismo sitio: por eso andaba renqueando.

Caminaba muy despacio y con las antenitas gachas, porque con 76 patas no se puede mantener ese orgulloso aire marcial, gallardo y castrense.

Balanceaba su cuerpo de un lado a otro como una embarcación. Además, suspiraba constantemente y se enjugaba el sudor con un fino pétalo de rosa.

Nunca llegaba a tiempo a ningún sitio. Pero podía describir con todo lujo de detalles los difíciles entramados de la red de una telaraña, la marca que dejaba el viento en la hierba durante los días en que el aire jugaba al escondite con los árboles, o el trazado irregular del vuelo de la libélula.

Para todo eso hace falta fijarse mucho y, sobre todo, tener tiempo para hacerlo. Y el ciempiés cojo lo tenía.

También le gustaba charlar largo y tendido. En la hora que antecede a la aurora, cuando el cielo está todavía oscuro y la tierra débilmente alumbrada por el último cuarto de luna, el ciempiés conversaba con la musaraña sobre los temas más diversos. Unas veces hablaban de las fiestas nocturnas de las madreselvas, cuando se abren fragantes en las primeras horas de la noche; otras, de la aparición de una nueva estrella que chapoteaba risueña en el agua de la charca...

En las tardes veraniegas, el ciempiés se quedaba mucho rato en el mismo lugar y se tomaba su tiempo para probar el polen traído por la brisa dorada.

Nunca tenía prisa por llegar a ningún sitio. Al principio esto vino motivado por su cojera. Evidentemente no podía competir con los otros ciempiés en velocidad ni participar en las carreras que organizaban entre ellos. Pero, poco a poco, tener tiempo para detenerse en las cosas pequeñas le fue gustando cada vez más. Se planteaba el llegar, no como una meta de rapidez, sino como un camino de contemplación de los detalles que circundaban su vida en el bosque.

Durante toda su vida (que fue larga, ya que no murió de estrés precisamente, sino cómodo y calentito, acunado por la música de los sonidos del bosque en una tarde estival), nunca ninguna hormiga sucumbió bajo su peso, ni hundió con sus patas la vivienda de los demás insectos, ni siquiera arrancó en loca carrera los brotes tiernos de hierba, fundamentales para el alimento de los gusanos menores.

Todo esto hizo diferente la vida en el bosque. Muchas más hormigas vivieron y engendraron otras y otras (y hasta una de estas últimas llegó a Reina de las de su especie), muchas más casas de los insectos permanecieron (una colonia entera ganó el Premio de Conservación que concede anualmente el Colegio

Oficial de Arquitectos del Bosque) y, sobre todo, más gusanos sobrevivieron al frío invierno porque tuvieron alimento para subsistir hasta la primavera.

Cuando el ciempiés cojo desapareció, dejó tras sí una estela de vidas que modificaron sustancialmente el destino de cada nuevo ser.

Los otros ciempiés nunca pensaron en esto. Estaban demasiado ocupados corriendo sin parar en pos de algo, a lo que sin duda nunca llegarían.





El escarabajo pelotero

Cuando despiertas por la mañana, la picardía y las pasiones malignas con las que te acostaste han sido plegadas en pequeñas dobleces y puestas a buen recaudo en el fondo de tu mente; y encima, maravillosamente ventilados, se despliegan tus pensamientos más hermosos, listos para que te atavies con ellos.

Estaba harto. El escarabajo pelotero estaba harto. Su vida le parecía ruin y mezquina. No encontraba sentido a su trabajo.

Eso de estar de sol a sol cargando con aquella inmensa pelota a su espalda no le hacía gracia. Y además, ¡qué pelota! ¡Una pelota de estiércol, ramitas, lodo y arenisca! Si por lo menos transportara flores o piedrecitas de colores o incluso conchas y caracolas...

Muy de mañana comenzaba su labor. Agrupaba con sus patas el estiércol y lo amasaba hasta formar una pelota compacta a la que añadía briznas de pajitas y gavilla. Luego se echaba el espeso ovillo a su espalda y lo llevaba a un lugar oscuro dentro de su refugio, una galería subterránea en la profundidad húmeda de la tierra. Y así una y otra vez.

Sus padres estaban francamente preocupados por la actitud de su hijo ante lo que ellos consideraban un importante trabajo. Así que la madre decidió

llevarle a ver al escarabajo Aegyptiorum, un escarabajo muy versado en historia y filosofía, que vivía en una especie de estructura piramidal hecha de ramas en la parte más oscura del bosque.

–¿Es un escarabajo melancholicus? –preguntó–. Porque tiene una cara de insatisfacción que no es normal.

– No, es un escarabajo pelotero común –contestó su madre.

El escarabajo Aegyptiorum consideró, ante la gravedad de la situación, que el escarabajo pelotero debía quedarse con él cierto tiempo, el suficiente para que pudieran charlar.

– ¿Qué es lo que te pasa, hijo? –preguntó el escarabajo sabio.

– Mi vida no tiene sentido. Me niego a seguir rodando bolas de excrementos por los senderos del bosque. Mis patas se cansan y mi ancha cabeza no soporta el peso de la inmundicia.

El escarabajo Aegyptiorum habló, sus palabras resonaron como ecos apagados que se perdían en épocas pasadas y resonaron en los oídos del atento alumno abriéndole los ojos a la verdad:

– Desciendes de la familia de los lamelicornios, de la tribu de los escarábidos. Eres un Geotrupe estercorarius. Llevas la marca del mundo en tu tórax verde metálico y brillante. Los antiguos egipcios adoraban a los de nuestra raza, éramos signo de veneración y objeto de culto. ¿Y sabes por qué? Pues porque esa bola que tú desprecias y te niegas a cargar simboliza la señal de las revoluciones del mundo y de la luna.

» Cuando llegue el momento, dentro de esa pelota inmunda pondrás un huevo que quedará rodeado de las partes más delicadas de la esfera, para que la larvita al nacer encuentre el alimento más conveniente y nutritivo para desarrollarse.

» Eres un emblema de vida nueva, de un ser engendrado por sí mismo. Como ves, tu trabajo no es tan sucio ni tan insignificante. Representas una porción del mundo, de sus cambios. Cumples una misión fundamental: la de crear a partir de la nada.

El escarabajo pelotero no sabía qué decir, estaba completamente anonadado. Jamás pensó en su origen ni en su linaje. Nunca se preguntó por la última causa de su labor. Ahora conocía el fin, ahora sabía que su trabajo era muy importante. Al fin y al cabo, ¿qué era él sino un pequeño hacedor que llevaba sobre sí la carga de un universo diminuto que a su vez engendraba otro y otro...?

Y se puso a pensar que acaso fuera lo mismo que hacía el Creador: soportar sobre sus hombros el peso del mundo.





La campanilla del fa sostenido

Él amaba las flores (según me han contado) y la dulce música (él mismo no era un mal intérprete de clavicordio); y, seamos francos, la naturaleza idílica de la escena lo conmovió profundamente.

De entre todas las notas, la campanilla sólo sabía tocar el Fa sostenido. Todas sus compañeras se burlaban de ella mientras ensayaban la escala musical y hacían perfectos el Do, el Mi, el Sol y hasta el Si bemol. Una de ellas, más virtuosa o más osada, las unió todas en un envidiable acorde de Do séptima.

Las campanillas vibraban todas las notas, y el conjunto de todas ellas creaba una música sublime parecida al sonido que emana de las estrellas cuando avanzan de puntillas sobre las aguas, similar al canto melancólico de las sirenas cuando invocan a la luna en noches plateadas.

No se sabe a ciencia cierta por qué la campanilla en cuestión sólo sabía tocar el Fa sostenido. Existían rumores que apuntaban a un defecto de forma, a un defecto de fondo, e incluso a un defecto sin más.

Las otras campanillas se metían con la campanilla del «Fa», como la llamaban, y la insultaban diciéndole que no era rítmica, ni melodiosa, ni eufónica..., que era perfectamente prescindible.

La campanilla del «Fa» estaba muy triste y deprimida. Amaba la música y, eso sí, el Fa sostenido le salía fenomenal. Pero, claro, hasta ella se cansaba de escuchar siempre la misma nota una y otra vez.

Por eso un día, cansada ya de tanto escarnio, recogió sus partituras musicales en las que sólo figuraba el Fa sostenido y abandonó la pradera donde vivía con las otras campanillas.

Estuvo caminando sin rumbo fijo. Pensaba en su falta de talento para la música, en su torpeza a la hora de intentar aprender otra nota que no fuera la que de sobra conocía, en aquello que la hacía diferente de las demás campanillas.

Así atravesó el bosque y, bien entrado el día, llegó a un valle teñido de colores suaves. Un grupo numeroso de campanillas muy vistosas estaban ensayando una pieza musical.

Pero a pesar del empeño que ponían en tocar aquella melodía, algo fallaba continuamente. Y era una pena, porque las campanillas se esforzaban al máximo, movían incesantemente sus coronitas y hacían vibrar cada peristilo de una manera admirable, pero no les salía bien. La música que resultaba no era del todo armónica.

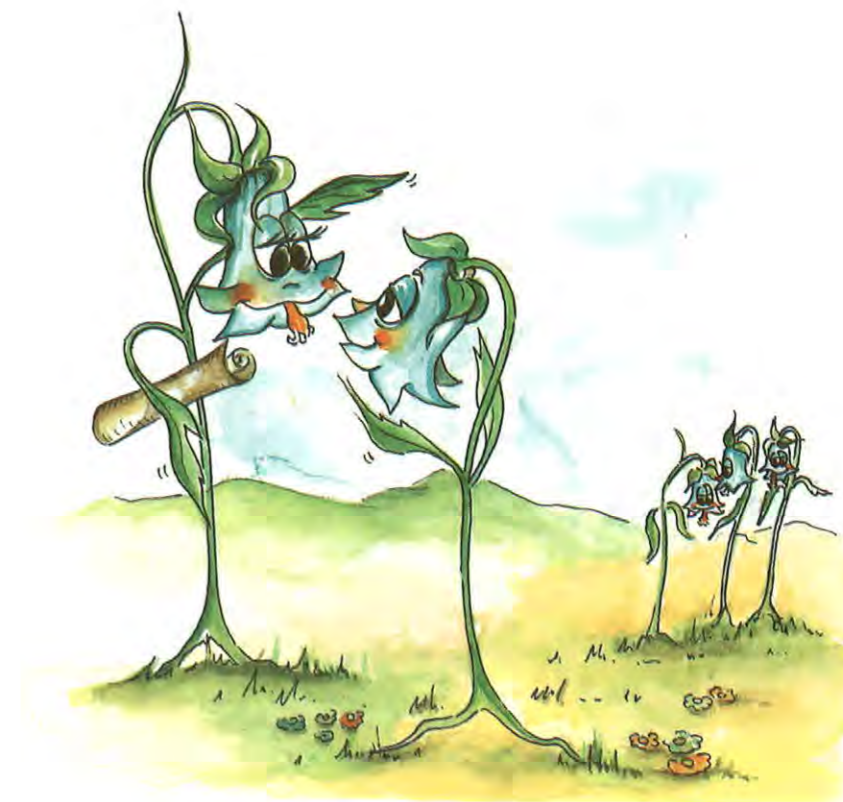
La campanilla del «Fa» se acercó un poco más y, casi sin querer, comenzó a tocar su Fa sostenido. Siempre la misma nota, pero primorosamente situada en aquellas partes de la composición que requerían un Fa sostenido.

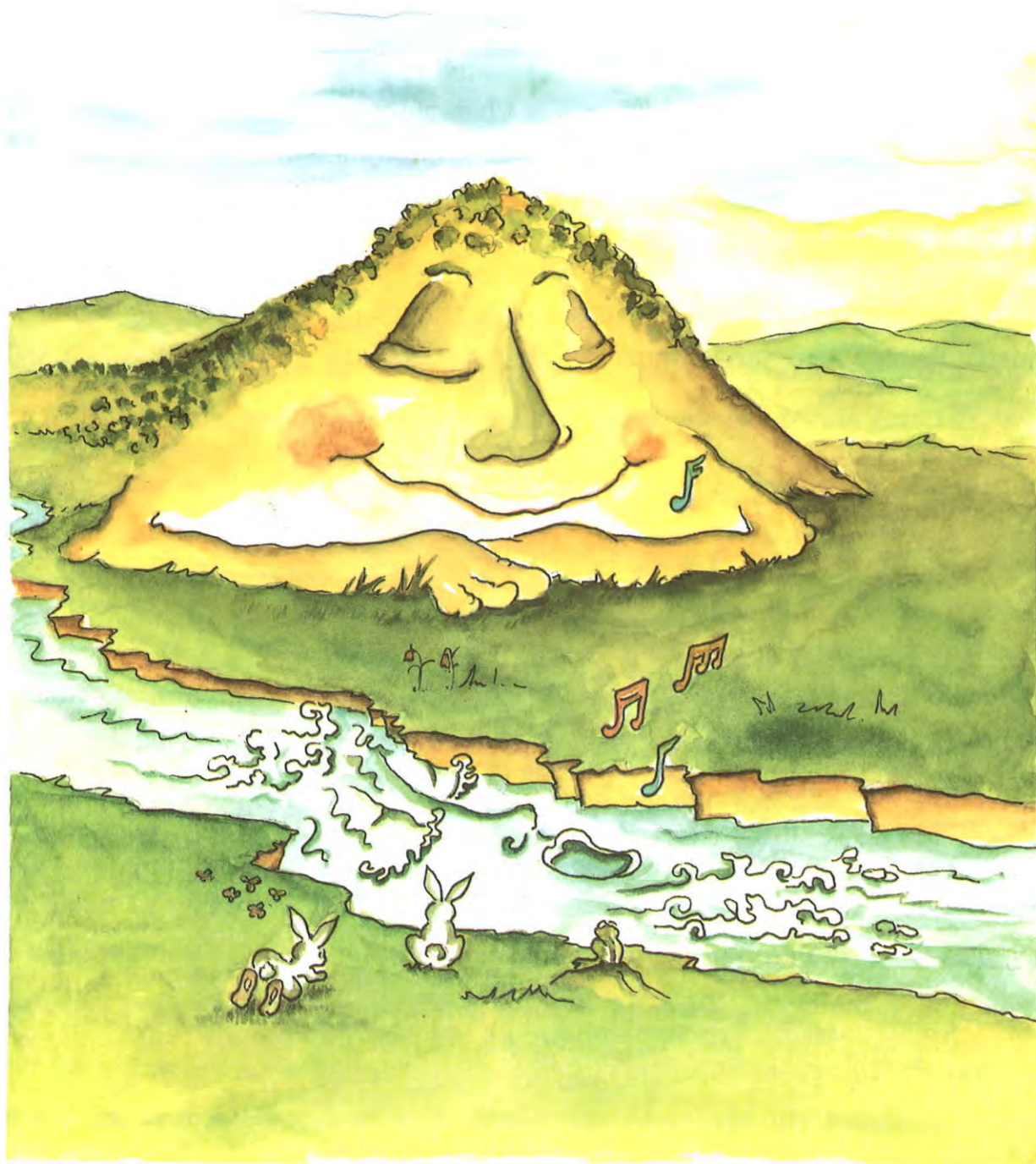
Las otras campanillas se quedaron estupefactas, porque de pronto las notas musicales encajaban unas con otras formando un puzzle de armonía

perfecta. Cada movimiento tenía su cadencia y su compás. Las notas se entrelazaban y, unidas, ascendían hasta rozar el cielo azul.

Cuando terminaron de tocar, las campanillas se acercaron a la campanilla del «Fa» sostenido y se fueron presentando una a una. Estaba la campanilla del «Do», la campanilla del «La», la del «Re», la del «Mi»..., hasta la campanilla del «Fa natural».

La única que les faltaba era ella, la rítmica, la melodiosa, la eufónica..., la insustituible y necesaria campanilla del Fa sostenido.





El río que cantaba

«Es un honor verme, y un favor oírme. Es un gran privilegio cenar y tomar el té con la Reina Roja, con la Reina Blanca y conmigo».

El río se deslizaba veloz abriéndose paso a través de las montañas. Sus aguas cristalinas chocaban con las piedras blancas que abrazaban el arroyo a un lado y a otro de sus márgenes. Entonces el río comenzaba a cantar.

Su música, cadente y aérea, envolvía la atmósfera y se diría que hasta tocaba las crestas blancas de las colinas y los pastos verdes de la cañada donde pastaba el ganado.

A su paso por el valle, el río siempre ofrecía un recital para los habitantes del bosque. Algunos venían de muy lejos. Cada tarde, se los podía ver a todos silenciosos y muy quietos esperando el canto fluvial. Era un rito diario que complacía en extremo al acuático ejecutante.

Tanto es así, que creía obligados los aplausos y ovaciones que le rendían al finalizar la melodía y comenzó a vivir sólo para las alabanzas que le tributaban.

Su música creció al mismo tiempo que su ego, aunque, a decir verdad, ésta era cada vez más espléndida y grandilocuente, ya que el río se esforzaba por

hacer vibrar de una manera más sutil cada rama, cada guijarro que encontrara en su cauce. Rozaba con suavidad cada roca y alineaba los líquenes del fondo para que éstos armonizaran en un mismo tono.

Pero ya no le parecían bastantes las muestras de júbilo de su público, y comenzó a despreciar a los habitantes del bosque, que poco a poco dejaron de asistir a sus conciertos.

Lejos de deprimirse, el río continuó inalterable con sus composiciones musicales, porque pensaba que no existía en todo el mundo un auditorio digno de su arte. No se daba cuenta de que había perdido la naturalidad de sus primeras obras y la humildad que caracteriza a los verdaderos artistas.

Ahora el río cantaba sólo para él, y sucedió que los afluentes cercanos, que vertían sus aguas al riachuelo, hartos ya de la altivez de su compañero, decidieron por unanimidad secar sus cauces para que no llegara más agua al envanecido compositor.

Así fue como, de pronto el río se quedó mudo. Y fue tanta su tristeza porque ya no podía cantar, que se pasaba los días y las noches llorando y arrepintiéndose de su pasada actitud. Tanto lloró que brotó de sus lágrimas un pequeño arroyo en su cauce seco. Era un diminuto arroyuelo sin pretensiones, nacido de su dolor, que tenía su mismo corazón. Con mucho esfuerzo lograba cantar un poquito, porque no tenía agua suficiente para hacer que las ramitas y la arenisca del fondo vibrasen lo suficiente para componer una melodía.

Entonces los afluentes cercanos, viendo que el río había aprendido la lección y compadeciéndose de él, volvieron a verter sus aguas cristalinas al lecho seco del río, y éste tuvo agua otra vez.

Su primera canción fue una de invención propia. Hablaba de que todos necesitamos a los demás, y que la vanidad y el egoísmo no son buenos consejeros.

Y fue así como el río volvió a dar recitales y hasta serenatas a la luz de la luna, para regocijo de sus vecinos, los habitantes del bosque, que regresaron encantados a oír la música que flotaba aérea desde las montañas al valle y que echaban de menos desde hacía tiempo.





La Sombra

No se trataba, sabía ella, de que hubiera llegado la noche, sino de que había llegado algo tan oscuro como la noche. No, peor aún. No había llegado, sino que había enviado ese estremecimiento a través del mar para anunciar su llegada. ¿Qué era?

Hay sombras pequeñas y medianas. Y hay sombras grandes. También finitas como la palabra «filistrín», y gordas como la palabra «oboe».

Hay muchas tan complicadas como una larga explicación y otras tan sencillas como una caricia.

Las hay infinitas, inmensas, inagotables. Otras son mínimas, menudas minúsculas y menores... de edad.

Unas tienen un aire solemne como las de los ministros de la Iglesia; otras siempre ríen como las de los chinchines en una orquesta de niños, y en fin, otras se pasan todo el tiempo en un mar de lágrimas, como las de los sauces llorones.

Y luego, claro está, tenemos la sombra del bosque.

El bosque tiene muchas sombras: la de los árboles, la de los pájaros, la de las piedras..., pero no me refiero a éstas. Yo hablo de la SOMBRA DEL BOSQUE.

Ella es la parte oscura de la espesura, es el perfil opaco de la arboleda, la silueta densa y sombría de los contornos impenetrables de la floresta.

Vaga como un espectro errante proyectando el espíritu del bosque en la noche. Siempre sola, camina despacio esperando que la claridad del nuevo día le permita descansar.

El sol hiere la penumbra de sus delicados ojos, y su cuerpo envuelto en levedad no aguanta el caluroso anhelo de un día veraniego. Por eso se oculta al despuntar el alba.

Su refugio está en la espalda de un murciélago. Allí se hace una rosca diminuta y duerme tranquila protegida de la luz.

Esta Sombra abrigaba un sueño: quería dejar de ser sombra.

Una vez durante un eclipse de sol, la sombra salió de su refugio, y aunque estaba oscuro, pudo percatarse de que todo era diferente. El aire olía distinto, como a calor; había ruidos extraños que la cautivaban por los ritmos y las cadencias; y, sobre todo, alguien hablaba de la larga cabellera del arco iris y de sus irisadas tonalidades: toda la gama de los azules, amarillos, naranjas, malvas, rojos y verdes estaba contenida en su melena tornasolada.

¡Lo que daría por ver, aunque sólo fuera por un instante, la belleza cromática de aquella melena reluciente!

Estaba condenada a ser la sombra del bosque y a existir únicamente en la oscuridad. Su color era el negro, y a veces, cuando se despistaba y tenía que huir de prisa a su escondite porque el sol le pisaba los talones, un gris marengo con reflejos de oro la perseguía instalándose en su piel opaca, provocándole pequeñas ampollas que tardaban algunos días en curar.

Una noche en que la Sombra estaba especialmente nostálgica, tomó la determinación de dejar de ser sombra e ir en pos del arco iris.

Sabía que aquello era peligroso, pero ahora que conocía la existencia de algo tan sublime, no podía resistirse a verlo, siquiera por una vez.

Se cubrió la cabeza con unas hojas de helecho y enfundó sus manos oscuras en unos guantes de parda tierra húmeda. Así estuvo esperando hasta que el alba se despertó y acudió a su cita con la mañana.

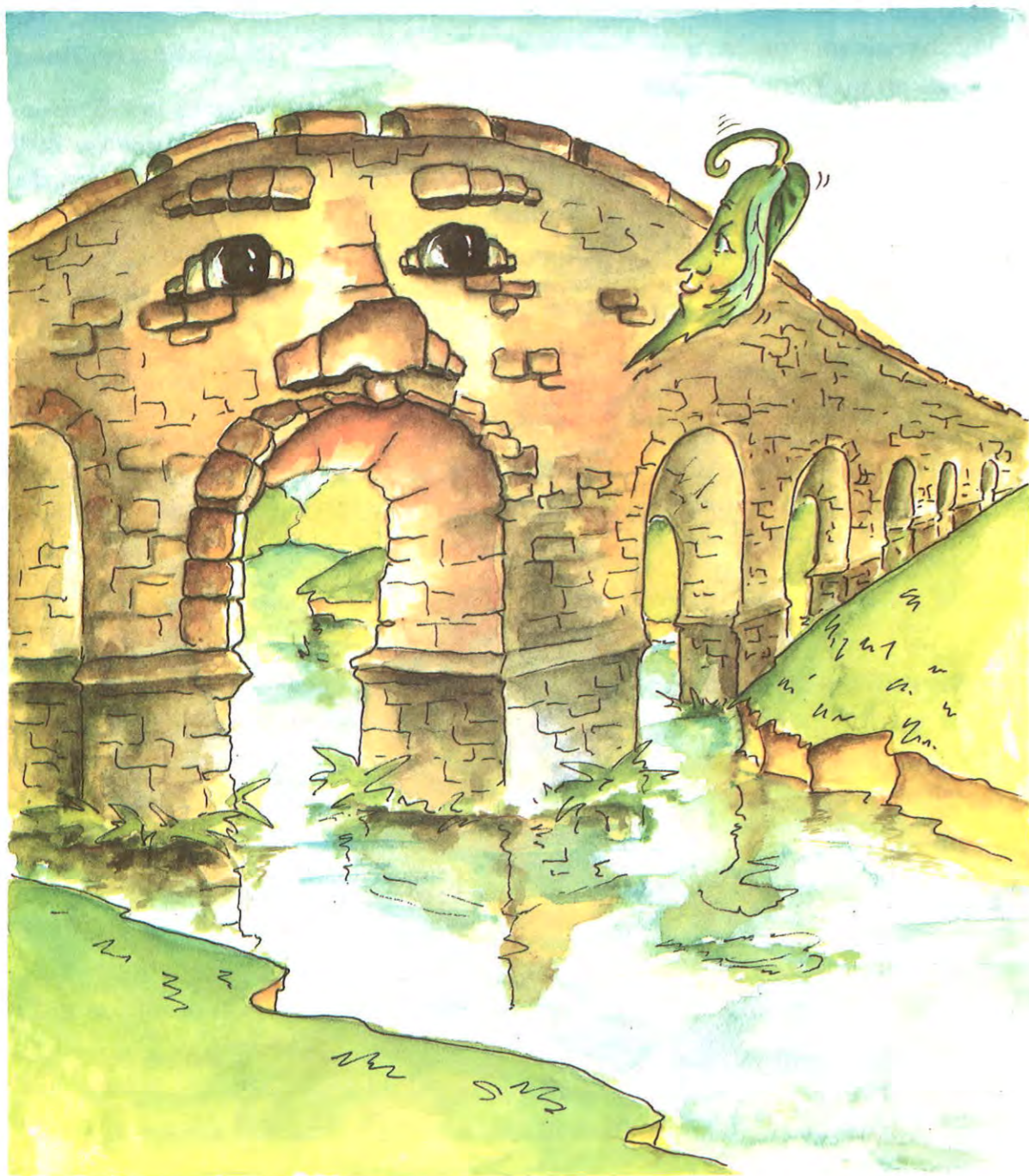
Resguardada tras un roble centenario, al que había robado su sombra, logró ver el arco iris que movía cimbreada su refulgente cabellera peinada por el sol. Bailaba al son de la aurora en las gotas de rocío de las flores, que aún bostezaban en su baño matinal.

La visión duró sólo un segundo, porque la reluciente esfera dorada comenzó a tomar fuerza y, de un rutilante zarpazo, despojó a la Sombra de su disfraz. Entonces ésta comenzó a desintegrarse, y en pocos minutos un montoncito de ceniza ocupaba el lugar de la Sombra. Lo curioso es que, al contacto con la tierra mojada, la ceniza formó una compacta masa oscura de formas caprichosas.

Entonces el arco iris lo recogió, porque llevaba mucho tiempo queriendo encontrar un pasador tan bonito para su pelo.

El bosque se ha quedado sin Sombra, pero sé de un pasador de pelo que vuela prendido de la cabellera del arco iris: tiene la sombra más hermosa y deslumbrante de cuantas he visto.





La hoja y el puente

Entonces le pareció extraño que estuviera indudablemente en la laguna con alguna intención definida, porque luchaba con la marea, y a veces triunfaba, y cuando triunfó, Peter, que siempre compadecía al más débil, no pudo dejar de aplaudir.

Era una hoja de papel muy gallarda. No era realmente hoja de papel. Era el ave Nunca, que hacía desesperados esfuerzos por llegar hasta Peter.

Era una hoja que habitaba en un sueño, o quizá un sueño que habitaba en una hoja. Realmente no se sabe a ciencia cierta si era lo uno o lo otro.

La hoja era color limón cuando los rayos del sol la acariciaban, y de un rubio pálido cuando caía la tarde.

Era feliz en su diminuto universo plagado de cosas sin importancia. Iba y venía de un lado a otro, correteando por el aire y jugando entre el espacio que media entre estrella y estrella.

Un día se topó con un puente. El puente era inmenso, serio, de gesto grave. Tenía el corazón de piedra y una boca muy grande por donde entraba y salía un torrente de agua azul.

La hoja, impresionada, se quedó la tarde entera admirando las formas perfectas del puente.

Cuando quiso irse, el puente intentó impedirselo.

–Quédate un poco más –le rogó–. Hace mucho tiempo que nadie me presta atención. Soy un viejo puente que ha vivido demasiado y estoy condenado a continuar viviendo inmóvil y estático. Veo desfilar las estaciones sin ser parte de ninguna. Las únicas caricias que conozco son los fríos abrazos de los líquenes que habitan sumergidos en el río y que tocan mis decrepitas piedras con sus dedos de agua, y los únicos besos, los del musgo verde cuando se adhiere a mí después de luchar a brazo partido con la humedad. Antes los pájaros me hablaban, pero ahora no puedo oírlos porque me he quedado sordo de escuchar el abrumador lenguaje del torrente. Ellos me enseñaron que hay otras cosas en el mundo aparte de este cielo que nos cubre y de esta tierra que nos acoge.

–Sí –habló la hoja muy cerca de su oído–, están los sueños. Yo habito en uno... ¿o es él quien habita en mí? Lo he olvidado.

–¿Qué es un sueño? –preguntó el puente.

–Un sueño es como el aliento divino que hincha nuestras velas hechas de ilusiones, la caricia que nunca recibiste, el beso que nunca diste, la mano que siempre quisiste coger. Es un niño que crece en el alma y que se alimenta de esperanza.

–Yo quiero un sueño –dijo el puente–. Quiero uno aunque sea pequeñito, lo cuidaré para que crezca y se haga fuerte.

La hoja y el puente estuvieron charlando toda la tarde. Al anochecer, el puente ofreció refugio a la hoja en un recoveco de sus piedras, al abrigo del frío y del relente.

La hoja y el puente se hicieron amigos y durante días hablaron de los sueños. Pero la hoja nunca se había quedado tanto tiempo en un mismo lugar, y su sueño la empujaba a volar otra vez por el cielo infinito.

Llegó el día del adiós. El puente lloraba lágrimas espesas que caían desde sus cuencas vacías al torrente, aumentando el caudal de éste. Tanto lloró, que el río estuvo a punto de desbordarse.

–Volveremos a vernos.

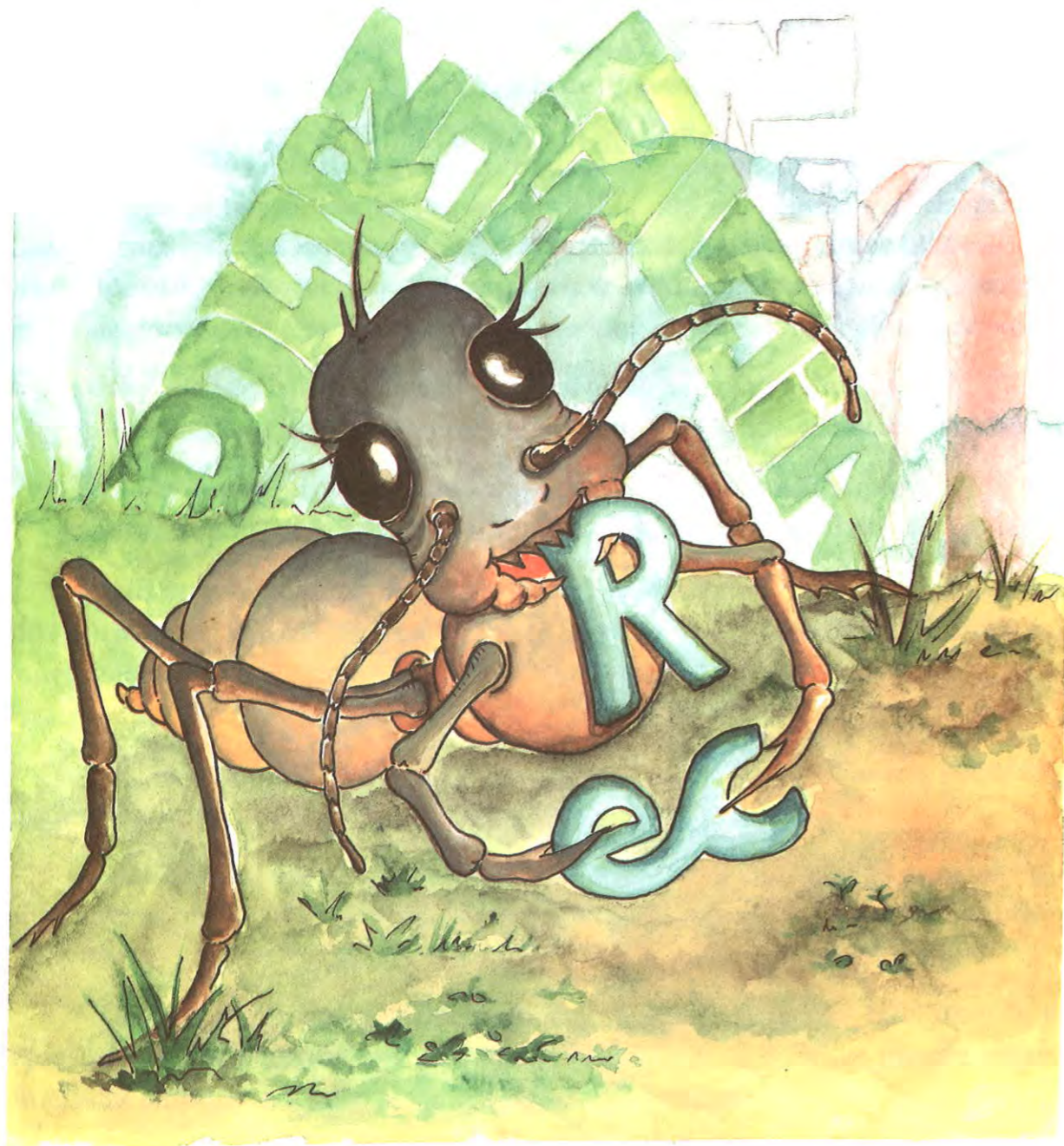
La hoja emprendió la marcha y se perdió entre las copas de los árboles hacia la línea del horizonte.

El puente echaba terriblemente de menos a su amiga. Cada día escudriñaba la lejanía esperando ver aparecer la preciosa hoja irisada. Pero la hoja no volvió.

Muchas más hojas se detuvieron a descansar en el puente, pero no eran la hoja color limón.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que el puente comprendiera que su amiga, la hoja, le había dejado un sueño: la esperanza del reencuentro.





La termita que devoraba palabras

Y sacaron toda clase de cosas... y todas empezaban con «L»: ...la luna, lagartijas, laberintos y lucideces...

–Mejor que no digas nada. ¡El lenguaje vale mil libras por palabra!

Era una termita que devoraba palabras.

Todo el mundo sabe que las termitas poseen una inteligencia enigmática, que rehuyen el aire y que son ciegas de nacimiento. Constituyen un pueblo para el cual no brilla el sol, para el que no florecen las flores y para el que no sonríe un cielo azul. Son seres lúgubres, incomprensibles, destructores subterráneos alejados de todo lo habitado por los demás seres.

El trabajo principal de nuestra termita de cabeza gris y alta frente era comer destruyendo y construir. Se alimentaba de las palabras que devoraba y edificaba con ellas frases que encajaban unas con otras hasta que conseguía levantar una obra literaria de exactas medidas arquitectónicas.

Así iba dejando construcciones desperdigadas por el bosque. Si te sentabas al pie de un roble centenario, de pronto tenías al lado una de esas curiosas obras y, si la observabas con atención, podías incluso entenderla.

Como nunca veías a ese microscópico ser, tenías que tener mucho cuidado cuando lanzabas tus palabras, porque ella podía estar justo ante ti y tragárselas todas una tras otra. Las roía hasta hacerlas comestibles. Más tarde, cuando las había digerido, las volvía a componer en su interior hasta que lograba darles sentido y las ponía en relación con otras para formar frases.

Una vez vi una construcción que se llamaba Memoria. Estaba compuesta por un montón de palabras: figuraban allí la palabra «dolor», la palabra «nostalgia» y la palabra «invocar». También había extraños términos como «evocación», «recuerdo» y «resucitar».

Yo siempre había creído que la memoria era lo que nos hacía acordarnos de la tabla de multiplicar, pero está claro que para la termita era aquello que nos permite regresar a algo que tuvimos y que recobramos del pasado gracias al recuerdo.

Entonces, volví atrás en el tiempo y pensé en mi infancia, en las horas de colegio, en los bocadillos a media tarde, en los cuentos antes de dormirme... Sin apenas darme cuenta pronuncié en alto la palabra Madre. La termita la devoró en cuestión de segundos, y casi al instante formó a mis pies una construcción cuya base fundamental era «pastel de chocolate».

Una lágrima resbaló al suelo porque mi madre ya no estaba conmigo.

Cuando me iba, la termita aún finalizó otra obra: Eternidad. Comprendí que, del mismo modo que se alimentaba de palabras y con éstas formaba frases, también se nutría bebiendo lágrimas con las que edificaba sentimientos.

